

Venga pronto el divorcio á librar todos estos esclavos, venga una educación más sabia, más liberal á enseñar á las muchachas lo que no saben ó saben mal; y puedan como nosotros, con plena ciencia y conocimiento delante del sacerdote ó el magistrado, decir libremente el *sí*.



## CAPÍTULO SEGUNDO

*La elección sexual en el matrimonio.  
Del arte de escoger bien.*

**A**l *sí* fatal, al terrible monosílabo, que debe decidir de nuestra felicidad ó de nuestra desventura, al *sí* que puede proporcionarnos el paraíso en la tierra ó el infierno de veinticuatro horas al día y de 365 días al año, se llega por dos caminos:

*O el amor primero y el matrimonio después.*

*O el matrimonio primero y el amor después.*

¿Cuál de estos caminos es mejor y más seguro para conducir al paraíso de dos?

Teóricamente, la respuesta no puede ofrecer duda: se debe amar antes, casarse después.

En la práctica no es siempre así. Muchos matrimonios inspirados en el amor concluyen

mal; mientras otros, hechos por conveniencia, con la razón más que con el corazón, terminan bien.

Y ¿por qué? Si la teoría es verdadera, debe concordarse con la práctica; y si ésta la contradice, la teoría debe abandonarse.

La contradicción aparente se explica pronto, pensando que hoy día se llama amor al deseo de poseer una mujer, y esto no puede ciertamente bastar para hacer felices á los esposos. Dad al amor y á la lujuria los verdaderos fundamentos, y toda confusión desaparecerá con el trato y veremos resplandecer en toda su belleza el dogma santo:

*Primero el amor, el matrimonio después.*

Cuando para poseer la mujer deseada no hay otro medio que pasar por la iglesia ó el juzgado, si la pasión es violenta, aun el libertino más vehemente, aun el enemigo del matrimonio, pliega la capa bajo las horcas caudinas de la virtud femenina y del Código civil, y se casa.

Es una calle tortuosa, llena de precipicios, pero que por cualquier lado conduce á la felicidad de dos. Al deseo de los sentidos se asocia poco á poco la grata alianza de los corazones, y aun con el hambre saciada queda el apetito de las más delicadas golosinas de los sentidos

y del afecto. Transformar la lujuria en amor, es obra difícil, pero digna de la santa virtud femenina, y la mujer suele lograr este triunfo.



Para ello es menester que sea una criatura superior y tenga dotes de sentimiento y de pensamiento perdurables, aun cuando la posesión debilite el deseo y la edad empañe la belleza.

Mucho mejor si también su compañero es un alma elegida que aprecia estas virtudes duraderas y seguras, y comprende, tanto la estética de la forma, como la idealidad del alma.

Las criaturas superiores y las almas elegidas son excepciones en la gran masa innumerable de maridos y de mujeres; si llegan al *sí* por la vía de los deseos carnales, encuentran pronto que el juego no vale la pena y á la primer contrariedad voluptuosa sienten el paladar sucio del fastidio que les produce la animalesca familiaridad de los sexos. La mujer logra alguna vez hacer verdaderos los deseos, reanimándolos con inagotable coquetería; pero con tal sistema la fiebre abrasa á su marido y la náusea puede ser mayor á medida que son más obstinados los esfuerzos empleados para combatirla.

Un matrimonio inspirado en el solo deseo carnal, mantenido con el solo pan de la lujuria, es tan pobre cosa, que no puede darnos la paz del alma, ni mucho menos la felicidad. Aun en las naturalezas más vulgares y más sensuales, hay algo que se rebela contra lo animal, alza la voz y pide otra clase de pan más humano. Aunque el hombre, como el puerco, se revuelca en el fango, diferénciase de él en que se lava y mira al cielo. Añadid que en el matrimonio la

dignidad de padre y de madre no hace más que aumentar la responsabilidad de los dos consortes y reavivar y acrecer lo espiritual y humano á expensas de lo material y animalesco.

La espiritualidad de la familia se impone aun á las naturalezas de más áspera epidermis, de nervios más obtusos, caldeando el ambiente y abriendo sobre su cabeza un nimbo azulado.

Ay del hombre que en la triste y solitaria contemplación de su propia mujer se dice á sí mismo:

¡Mi compañera no es más que una hembra!

Ay de la mujer que mirando á su marido roncar, murmura con resignación y desconsuelo:

¡Mi marido no es más que un macho!

\*  
\*  
\*

No hay ningún hombre que confiese á los amigos, ni aun á sí mismo, que se casa con una mujer para poseerla. Aun cuando esto sea verdad, el pudor y el orgullo nos hacen la guerra, y nosotros con uno de tantos hábiles artificios con que encubrimos y mentimos á nuestra conciencia, gritamos con acento convencido:

*¡Yo la amo!*

Si es tan difícil distinguir á primera vista el oro del similar, los diamantes verdaderos de los falsos, las perlas de Oriente de las perlas de Roma, figuráos si será fácil cosa distinguir el deseo de la hermosura de la carne del verdadero amor. Esto es uno de los principales peligros que conducen á la muerte de la felicidad en la lucha entre el ser y el no ser, en la batalla que libramos en nuestro interior, para saber si debemos dar el santo nombre de esposa á la mujer que deseamos.

En otros libros me atreví á dar algunos consejos á los aspirantes al matrimonio para que pudieran distinguir el verdadero amor, que abraza al hombre todo, de la comezón erótica, que no toca más que á un órgano solo. Si, como creo, esta es una de las cuestiones más graves, más vitales del arte de elegir mujer, debe permitírseme insistir en tan minuciosos particulares.

\*  
\* \*

Desconfiad siempre de una impresión repentina, del llamado *coup de foudre*, ó escopetazo, especialmente, si os ha herido en condiciones de una castidad prolongada, y más especial-

mente aún, si habéis visto al objeto de vuestras ansias en traje de baile ó ligeramente ataviada.

\*  
\* \*

También para el amor, y acaso más para el amor que para la cabeza, conviene muchas veces llamarse *andana*.

\*  
\* \*

Parecerá á algunos inmoral, pero á mí no me parece más que prudente, volver á desear la mujer con los sentidos adormecidos.

\*  
\* \*

Si, con ningún apetito erótico, antes bien, con un poco de náusea opilativa, la encontráis todavía bella y aceptable, la pasión es profunda y merece las más serias consideraciones.

\*  
\* \*

Si teméis enamoraros de una mujer y no estáis aún dispuestos al matrimonio, corred á ver las damas más famosas por su belleza, por su gracia, por su elegancia, y comparadlas. Si resultan odiosas para la señora de vuestros pensamientos, desconfiad en seguida de la seriedad y de la profundidad de vuestra pasión.

Todo esto no se refiere más que al amor llamado físico, pero hablo de él con detención, porque es la primera puerta que se abre cuando un hombre y una mujer se miran por primera vez. No querría que fuera la única que os condujera al *sí* fatal. Es aquella una puerta que no debe haceros entrar más que en la antecámara, donde deberéis esperar siempre pacientemente á que el corazón y el pensamiento os abran la puerta de los departamentos interiores, allí donde deberéis vivir durante toda vuestra vida.

Si el *coup de foudre* no ha existido, sino que la simpatía nace poco á poco y se va descubriendo y creciendo hasta convertirse en una verdadera y propia pasión, entonces todos aquellos consejos de exploración y de experimentos, serán perfectamente inútiles. A cada visita vuestra, sin saberlo, aun sin pensar en ello poco ni mucho, corregís ó confirmáis la impresión precedente, ora apagando, ora avivando la primera simpatía.

¡Cuántos y cuántos amores, cuántos y cuántos matrimonios han abortado en el secreto de nuestro cerebro, sin que alma viviente supiese una sola palabra, sin que hayamos dirigido ni una sola frase de simpatía á la persona que nos

había producido una repentina é intensa impresión! Una criatura cuya silueta vemos difumada sobre el horizonte, acaso en un momento en que sentíamos el peso de la soledad ó la tortura de la abstinencia, hacíamos decir ó exclamar repentinamente para nosotros mismos:

¡Oh, qué bella y querida criatura! Y ¿por qué no la hago mía... y para siempre?

La aparición se desvanece, pero la llevamos á casa, esculpida, mejor dicho, grabada con buril de fuego en nuestra memoria y la veíamos en las líneas del libro que leíamos, en nuestro sueño, en todas partes.

Pero he aquí que después, á los pocos días, la encontrábais real y verdaderamente en una calle ó en un salón, y la realidad busca inútilmente de acordarla con la figura diseñada en vuestra fantasía. El desacuerdo es completo. Aquella mujer no es la misma, y vosotros, riéndoos tal vez de toda aquella fiesta de amores, soñada en el silencio de vuestra conciencia, exclamáis:

Pero ¿cómo he podido hallar bella y deseable á esta criatura vulgar, fea, marchita?

Menos mal, cuando esta rectificación ocurre pronto; pues á menudo sucede que viene cuan-

do acaso ya habíamos comprometido nuestro corazón, y acaso también, nuestra palabra.

Prudencia, pues, *¡guarda Pablo!*

\*  
\* \*

La ciencia me enseña que en el mundo ninguna fuerza se pierde, ninguna energía se consume; pero fuerzas y energías se transforman unas en otras sin que ninguna de ellas desaparezca. Pero pregunto: ¿y todos los deseos que al hombre y la mujer enlazan uno á otro en la calle, en las conversaciones, en los teatros, do quiera que se encuentran, donde van á parar? Todos aquellos relámpagos de miradas, que llevan en sus rayos tanto fuego, suficiente para hacer arder y consumir todo el sistema planetario; todas aquellas palpitaciones que encienden el rostro y atraen una á otra á dos criaturas, á dos organismos, á dos vidas; cuando (como en los más de los casos) pasan como meteoros sin fecundar tierra alguna, ¿á dónde van? Aquellas terribles energías, fruto de los mecanismos más intrincados y más sublimes de nuestro cerebro y de nuestros nervios, ¿en qué se transforman, cuando no producen ni

palabras, ni lágrimas, ni voluptuosidad, ni delitos, ni matrimonios, ni pecados?

Y sin embargo, aquellos deseos son muchos; de día, de noche, por las calles populosas de la ciudad y en el estruendo de los vagones del ferrocarril, entre la multitud apiñada y en los solitarios senderos de los montes, se encuentran, surcan el espacio, y si se pudiesen ver, deberfan hacer brillar el aire como los convulsos relámpagos de un temporal en los trópicos.

Pero, ¿dónde van, dónde se consume tanta luz, quién se calienta con tan gran calor? ¿Dónde están las cenizas de tantos incendios?

Yo no lo sé: nos lo dirán acaso los biólogos y los físicos del porvenir.

\*  
\* \*

Otro precepto de los más elementales, pero de los más importantes, para escoger bien la mujer propia, es el de ver muchas, muchísimas mujeres, antes de elegir aquélla á la que queréis dar el nombre, el corazón, la vida.

Si en el angosto recinto de una aldea habéis escogido vuestra compañera, sin salir de allí, podréis estar orgullosos por haber conseguido la más hermosa muchacha, entre una docena

de otras compañeras; pero ¡ay, si vais á otras aldeas, y mucho peor si penetráis en grandes po-



blaciones! Podréis hacer comparaciones odiosas, odiosísimas, pero ya irremediables.

He aquí por qué los hombres que han visto

y viajado mucho, son mejores maridos; porque haciendo su elección sobre más amplia base, tienen más probabilidades de escoger bien. Tal vez también por esto, es por lo que la mujer perdona más fácilmente las galanterías pasadas de sus pretendientes, que la demasiada ingenua virtud; y D. Juan les parecerá siempre más simpático que el casto José.

Una mujer que sabe es la preferida y escogida para compañera de quien ha visto y conocido cientos de mujeres, está orgullosa y tiene razón para ello. No sé si todas las mujeres serán de mi parecer, pero las más inteligentes en la ciencia del amor, de seguro que estarán conmigo; y yo, si fuese mujer, querría para marido ideal al hombre que hubiese viajado por todas las partes del mundo, y visto y admirado á todas las mujeres de la tierra.

Y continuando mi utopía y haciéndola descender hasta lo más humano de la vida, si fuese mujer y tuviese dudas sobre la seriedad de la pasión manifestada por un pretendiente, querría que hiciese un viaje por toda Europa, que este viaje durase un año, y luego, si al volver me encontrase todavía digna de él, le daría la mano, segurísima de tener un marido enamorado y fiel.

También el tiempo es un precioso elemento para dar valor á nuestra elección, y una de las mejores piedras de toque para distinguir el capricho de la verdadera pasión, el deseo erótico del verdadero amor. Es axioma antiguo, confirmado por la experiencia universal, que el tiempo resfría ó extingue los pequeños amores y enciende y vigoriza los grandes.

La brevedad fatal de nuestra vida y la impaciencia natural de todos los enamorados, conspiran juntos para apresurar los matrimonios; mas por cuanto sé y puedo, recomiendo muy eficazmente á los hombres y á las mujeres que adquieran la santa virtud de la paciencia; y ruego, y vuelvo á rogar á las mujeres, que en materia de amor (aunque otra cosa diga el vulgo) son siempre más *hombres* que nosotros, sigan la táctica de Fabio el aplazador.

—Espera, espera y espera siempre. Se trata del momento más grave y de más fecundas consecuencias en nuestra vida y algún mes de más no hará otra cosa que aumentar la dignidad de la elección, dando más garantías para el porvenir. La luna de miel brillará más tiempo sobre nuestro horizonte, cuanto más la esperemos con la poesía del deseo, con la idealidad de la esperanza.

## CAPÍTULO TERCERO

### La edad y la salud.

SI el hombre no fuese más que un animal generador, el problema de la edad en el matrimonio sería simplicísimo y se reduciría á este principio:

Mientras el hombre y la mujer pueden encender la luz de la vida, son *casaderos*.

Lo que quiere decir que el hombre puede casarse desde los 16 á los 60 años y en casos excepcionales hasta los 70 ó los 80.

Y por el contrario, puede tomar mujer que tenga de 15 á 45 años.

El hombre, sin embargo, no es solamente un organismo generador, sino un ser pensante y racional, sabio, caviloso y sofista; es una bestia política, comercial y religiosa; que fabrica fre-

*Hombre*